

FRANCO Y LOS ORÍGENES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Stanley G. Payne

Hispanista. Profesor de la Universidad de Wisconsin-Madison

RESUMEN:

El artículo desgrana cuáles fueron los elementos que condujeron al general Francisco Franco a adherirse a las corrientes militares que conspiraron contra la Segunda República Española, particularmente desde la victoria del Frente Popular en el mes febrero de 1936. El autor analiza el grado en que los acontecimientos que rodearon la vida profesional de Franco cambiaron el modo de pensar del militar, así como su implicación en los preparativos y en la dirección de la sublevación de julio de 1936.

ABSTRACT:

The article shows the elements that led to Gen. Francisco Franco joining the militaries that conspired against the Second Spanish Republic, particularly since the electoral victory of the Popular Front in February 1936. The author analyzes circumstances that surrounded Franco's professional life, how it changed the general's mindset, and his involvement in the preparations and the lead of the uprising of July 1936.

PALABRAS CLAVE: *Franco, elecciones de febrero, conspiración militar, sublevación militar.*

KEYWORDS: *Franco, February elections, militar conspiracy, militar coup.*

En la historia contemporánea, tanto fuera como dentro de España, el nombre de Francisco Franco está directamente asociado con el comienzo de la Guerra Civil española. En varios idiomas, es bastante frecuente encontrar una frase rotunda con palabras que se refieren a “la rebelión militar española dirigida por el general Franco,” o términos semejantes. Sin embargo, en este como en muchos otros casos, la realidad histórica es más complicada, y todo historiador especializado entiende que Franco no dirigió ni el alzamiento militar ni la conspiración que lo preparó.

La verdad es que Franco había sido escrupuloso en su conducta personal y política bajo la Segunda República, no porque le gustara —la República no le gustó nada— sino porque era un militar muy profesional que no se metía en la política, y además un hombre cauteloso y prudente. En la vida de Franco había un contraste muy claro, casi una contradicción, entre su comportamiento en el campo de batalla y su modo de actuar en la vida normal. En la guerra podía ser temerario y atrevido, porque entendía que el deber del militar era el de ponerse al frente de sus tropas y alentarles por su

ejemplo personal, mostrando indiferencia hacia el peligro, gran valentía y una actitud fatalista o providencialista con respecto a su propia muerte. Fue una cuestión de división de esferas, porque fuera del campo de batalla su comportamiento siempre era más o menos lo opuesto —bajar la cabeza, ser prudente, no correr riesgos, y calcular, calcular mucho—.

En la política, había sido muy monárquico, gozando del respeto y el apoyo fuerte de Alfonso XIII, y también gran partidario del primer dictador, que le había nombrado fundador y primer director de su nueva Academia General Militar. Sin embargo, en abril de 1931 veía que no le quedaba el menor remedio sino aceptar el colapso de la monarquía y la instauración de la República democrática. Franco siempre tenía principios básicos —monarquismo, autoritarismo, catolicismo, el imperio de España— pero nunca era fanático, y pronto aceptó la legitimidad de la República, porque el rey no había resistido y una clara mayoría de los españoles aceptaba su legitimidad. No era nunca un “republicano,” pero nunca impugnó la legitimidad de la República democrática que existía desde abril de 1931 hasta la primavera de 1936.

Y realmente no había ninguna razón para oponerla, porque tan pronto como los asuntos republicanos empezaron un giro hacia el centro, y luego al centro-derecha, el régimen nuevo le favoreció mucho. En términos objetivos, era uno de los militares más destacados del país, un hombre de derechas, eso sí, pero un militar muy disciplinado y profesional. Primero, se le ofreció el puesto de ministro de guerra en septiembre de 1933, oferta que rechazó, pero dentro de un año llegó a ser el asesor personal del mi-

nistro nuevo, el director de la represión de la insurrección revolucionaria de 1934, comandante de las fuerzas militares en Marruecos y finalmente jefe del Estado Mayor del ejército. Es decir, el militar más importante bajo la República.

Como la gran mayoría de los oficiales con simpatías derechistas, Franco no había tenido nada que ver con la rebelión de Sanjurjo en 1932. Más tarde, después de la insurrección revolucionaria de 1934 y, especialmente, durante sus meses como jefe del Estado Mayor, había tenido que tratar con militares que buscaban los medios para un golpe militar. Su posición siempre había sido la misma —que el ejército no debe intervenir en la política, ni siquiera en crisis importantes—. La única circunstancia que pudiera validar una intervención política sería una gran catástrofe nacional inminente, pero una mera crisis política no la justificaba. Nunca, que sabemos, escribió ningún ensayo teórico sobre el problema, pero esta “doctrina Franco” —la distinción entre las crisis políticas y una catástrofe nacional máxima— fue mantenida a través de varias etapas de la República.

Cuando Alcalá Zamora, el presidente de la República, vetó la formación de un nuevo gobierno parlamentario a mediados de febrero de 1936, hizo inevitables elecciones nuevas y, con ellas, la posibilidad de otra convulsión. Entonces varios generales activistas consultaron con Franco, insistiendo en la necesidad de un golpe para bloquear al presidente, permitiendo la formación de un gobierno parlamentario derechista, dirigido por Gil Robles, pero Franco repitió su fórmula. Sin duda se trataba de una crisis política grave, pero no fue una catástrofe nacional, a lo menos en esa etapa, y el ejército no

debe tratar de intervenir. Además, como señaló acertadamente, el cuerpo de oficiales estaba casi tan dividido como la sociedad española, y una intervención militar correría el riesgo, mejor dicho la probabilidad, de provocar una lucha interna dentro del ejército.

En cambio, varios historiadores han señalado la actividad de Franco el lunes 17 de febrero de 1936, el día después de las elecciones generales ganadas por el Frente Popular, como prueba del hecho que Franco buscaba la intervención directa del ejército para anular la victoria del Frente Popular. ¿Qué pasó realmente aquel día? Resulta imposible conocer todos los detalles, por las limitaciones de las fuentes.

Franco explicó años después que se quedó en el Ministerio de Guerra hasta muy tarde para conocer el resultado de las urnas y el desenlace del día en el país. Ahora sabemos, según los datos de las investigaciones más recientes¹, que la competición electoral se quedó casi en un empate, aunque motines y manifestaciones violentas por las izquierdas en seis provincias malograron los votos o su registro, aumentando las cifras del Frente Popular o invalidando pluralidades o mayorías de las derechas. Es dudoso que Franco conociera los detalles pero sí recibía noticias de los motines y alteraciones de orden, y finalmente telefoneó al general Sebastián Pozas, director de la Guardia Civil, para insistir en que las fuerzas de seguridad actuaran con mayor energía para mantener el orden, sugiriendo también que tal vez sería necesario declarar el estado de guerra. Pozas le con-

testó que no se preocupara, que lo que pasaba era meramente expresiones de “alegría republicana”. Acto seguido, siempre según Franco, despertó por teléfono al general Nicolás Molero, ministro de guerra y bastante avanzado de edad, diciéndole que como ministro debería tomar la iniciativa en convencer al gobierno que se declare el estado de guerra. Molero le contestó que presentaría la propuesta en el consejo de ministros que se reuniría durante el día 17 y con eso Franco se fue a casa para acostarse².

Pero durmió poco, puesto que el ayudante militar de Gil Robles le despertó a las siete de la mañana, y el jefe de la CE-DA le insistió que usara toda su influencia para convencer al gobierno que declarara la ley marcial cuanto antes³. Se vistió y volvió a su despacho, donde trató sin éxito de establecer contacto con Manuel Portela Valladares, presidente del gobierno. Habló después con dos de los generales más importantes en el ministerio, Manuel Goded y Ángel Rodríguez del Barrio, este último inspector general del ejército, instándoles a hablar por teléfono con los capitanes generales y los mandos regionales más importantes. Según la Constitución republicana, éstos tenían autoridad para declarar el estado de guerra en su distrito por su propia cuenta en situaciones drásticas de emergencia y por eso les alentó a declarar la ley marcial en su región, indicándoles que estarían respaldados horas más tarde por una declaración oficial de parte del gobierno. Pero

¹ Por Roberto Villa García y Manuel Álvarez Tardío, en su obra todavía inédita, *Las elecciones del Frente Popular en España*.

² La versión de Franco fue escrita décadas más tarde, dependiendo de su memoria, sin duda inexacta sobre algunos detalles. FRANCO, *“Apuntes” personales sobre la república y la guerra civil*. Madrid, 1987. pp. 39-42.

³ La narrativa por José M^a. GIL ROBLES, *No fue posible la paz*. Barcelona, Ariel, 1968. pp. 492-93, no se coincide totalmente con la de Franco.

casi todos los capitanes generales y otros comandantes contestaron que la situación era demasiado delicada y no podían actuar sin una declaración previa por el gobierno mismo⁴.

Mientras esto ocurría, el Consejo de Ministros se reunió y se puso de acuerdo en cuanto a la necesidad de imponer el estado de guerra para mantener el orden en el país. Según parece, Portela Valladares telefoneó a Franco para informarle de la decisión y el general, alrededor de mediodía, tomó varias medidas para empezar a ponerlo en marcha. Sin embargo, Alcalá Zamora quiso que el consejo se reuniese una segunda vez, en esta ocasión en el palacio presidencial, y canceló la medida, que ya se había puesto en efecto en el territorio de cuatro divisiones militares, en un total de seis provincias. El presidente de la República impuso un cese total, concediendo solamente la declaración del estado de alarma⁵. Sin embargo, Alcalá Zamora estaba suficientemente preocupado para dar a Portela un decreto de ley marcial, ya firmado pero sin fecha, que este pudiera usar en el futuro si lo creyera necesario. Portela llamó entonces a Franco para decirle que todas las órdenes tendrían que ser canceladas en seguida, aunque, sin embargo, por algunos días los comandantes locales mantendrían el estado de guerra en tres provincias (Alicante, Valencia y Zaragoza).

Franco no pudo conversar directamente con Portela en el despacho del presidente hasta aproximadamente las siete de la tarde, y no consiguió convencerle de que hacía falta implementar el

decreto cuanto antes. Evidentemente se repitió la misma conversación el día 18, también, con el mismo resultado. Por entonces, Portela Valladares se encontraba totalmente espantado, y no sabía qué debería temer más —una insurrección nueva de las izquierdas o un golpe por los militares— y antes del fin del 18 informó a sus ministros que pensaba dimitir muy pronto. Esa tarde, Goded, Rodríguez del Barrio y otros militares hablaban con Franco en su despacho del Estado mayor, insistiendo en que el ejército debía intervenir en seguida para mantener el orden, por su propia voluntad, si el gobierno no estaba dispuesto a actuar. Las noticias que seguía recibiendo habían alarmado a Franco y, por primera vez estaba potencialmente preparado para una intervención militar, pero por segunda vez requiso que se tomara contacto con los jefes regionales. El resultado de las llamadas efectuadas por Goded y otros reveló divisiones profundas dentro de los jefes militares, y la imposibilidad de cualquier intervención de su parte⁶.

En la mañana del 19 de febrero, Portela informó al presidente de la República que pensaba dimitir en seguida. Alcalá Zamora se quedó pasmado, puesto que, según las normas de la República, el gobierno encargado de gestionar las elecciones tenía la responsabilidad de continuar a gobernar por más que dos semanas después, para verificar oficial e imparcialmente los resultados y también administrar la segunda vuelta. Para fortalecer a Portela, Alcalá Zamora dictó un mensaje al Consejo Superior de Guerra

⁴ FRANCO, "Apuntes", pp. 42-43.

⁵ ALCALÁ ZAMORA, N. *Asalto a la República. Enero-Abril de 1936*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2011. pp. 167-68.

⁶ La primera ocasión en que Franco presentó su versión de los sucesos del 18 de febrero fue su información a Joaquín Arrarás por la obra dirigida por éste *Historia de la Cruzada española* (Madrid, 1941).

(compuesto de Franco, Goded, Rodríguez del Barrio y el general liberal Manuel Núñez del Prado), declarando que de modo categórico no toleraría la menor injerencia o iniciativa del ejército, que, para tener éxito, tendría primero que derribar al presidente de la República⁷. Portela habló otra vez con el Consejo de Ministros, pero su moral pronto se colapsó ante noticias de la continuación de motines y la ocupación ilegal por los socialistas de los gobiernos de dos municipios cerca de Madrid. Volviendo al despacho de Alcalá Zamora, afirmó que no quedaba ninguna esperanza y que, antes estos hechos, tendría que dimitir.

Una vez más el presidente intentó infundirle tesón y valentía, animando a Portela a recuperar los dos municipios por la fuerza, si hacía falta, y acto seguido pidió que el consejo se reuniera en el despacho del presidente de la República a las dos de la tarde. Molero, el ministro de Guerra, informó que Franco y los demás miembros del Consejo Supremo habían prometido que no habría ninguna iniciativa por parte de los militares, pero no tenía el menor efecto sobre Portela, asustadísimo como estaba. El único ministro dispuesto a reemplazarlo como presidente del gobierno fue el almirante Antonio Azarosa, ministro de Marina, pero Alcalá Zamora señaló acertadamente que la Constitución prohibía que un militar sirviese como presidente. Es de notar que, después de más que cuarenta y ocho horas, el presidente de la República había adoptado más o menos la postura de Franco, pero ya era tarde, y todo el gobierno dimitió. Franco hizo un intento más esa tarde, esperando a Portela en el ministerio de Gobernación para insistir otra vez que

cumpliera con sus responsabilidades y gobernase con energía, utilizando el decreto de estado de guerra ya firmado por Alcalá Zamora, pero fue inútil. Más tarde, Portela se excusó diciendo que haber gobernado en tales condiciones hubiera sido gobernar como dictador⁸.

Dentro de unas horas, un nuevo gobierno de izquierdas presidido por Manuel Azaña ocupó el poder, y una de sus primeras medidas fue anunciar toda una serie de cambios de cargos en el ejército, nombrando nuevos generales más liberales o más escrupulosamente constitucionalistas para los mandos más importantes. Franco perdió la jefatura del Estado Mayor y fue destinado a la comandancia militar de Canarias. Personalmente, consideró este destino nuevo, como diría más tarde, un “destierro.” Antes de salir de Madrid, trató de hacer las visitas protocolarias de despido a Alcalá Zamora y a Azaña. El presidente de la República no lo recibió, pero, según Franco, contestó a su mensaje de despedida declarando que no compartía su grave preocupación por el porvenir político del país. Dentro de pocas semanas, sin embargo, el presidente cambiaría drásticamente de parecer, por la segunda vez aceptando más o menos el mismo punto de vista que Franco, pero siempre demasiado tarde.

Franco consiguió hablar personalmente con Azaña, y hasta le sugirió que un cargo más adecuado sería algún puesto en la administración del Ejército en Madrid, donde podría ayudar a mantener el equilibrio y la calma, y donde podría desanimar o desviar cualquier veleidad por los militares. Aunque sonara un tanto maquiavélico, Franco era un realista, y justo

⁷ ALCALÁ ZAMORA, N. *Asalto*. pp. 181-83.

⁸ *Ibid.*, 180-92; PORTELA VALLADARES, M. *Memorias*. Madrid, 1988. pp. 186-96.

como el país había sobrevivido a un gobierno de Azaña de 1931 a 1933, creía que podría hacerlo una segunda vez, y por eso estaba dispuesto a servir un gobierno izquierdista responsable, la posición básica que mantendría por algunos meses más. Azaña le contestó con uno de sus típicos gestos desdeñosos y arrogantes, diciendo que no hacía falta porque actualmente el ejército no le preocupaba lo más mínimo. Como Alcalá Zamora, cambiaría de criterio un poco después. Es una ironía de la historia que el militar profesional juzgaba la situación política con mayor claridad que los dos políticos profesionales⁹.

Franco estaba bastante deprimido en los días antes de salir a su destino nuevo, y su hija Carmen informa que “antes de irse a Canarias, mi padre pensó pedir la excedencia por un tiempo”¹⁰, es decir, por una temporada durante la cual la situación política pudiera estabilizarse o clarificarse. No es imposible que pensara en irse al extranjero por unos meses, porque nunca había viajado fuera de España salvo por tres breves misiones profesionales, y eso le pondría a salvo de las demandas insistentes de parte de los revolucionarios, ahora legalizados y envalentonados, que se detuviera a Franco. Otra alternativa sería empezar a jugar algún papel directamente en la vida política, y Carmen dice que “el tío Ramón Serrano Suñer era el que le empujaba más para la política”. El

⁹ La única fuente por estos encuentros son las reminiscencias del propio Franco, pero las actitudes que atribuyó a estos dos líderes ciertamente correspondieron a sus posiciones políticas en ese momento. ARRARÁS, *La Cruzada*, 3:58, y F. FRANCO SALGADO-ARAUJO, *Mi vida junto a Franco*. Barcelona, 1977. p. 131.

¹⁰ En las entrevistas llevadas a cabo con la duquesa de Franco en enero de 2008, publicadas en PALACIOS, J. y PAYNE, S.G., *Franco, mi padre*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

abogado de Estado Serrano Suñer era cuñado de Franco y uno de los jefes de la CEDA —aunque más bien de segunda fila, y ha corroborado este punto en sus propias memorias, declarando que Franco estaba incierto sobre su papel personal—. ¿Debería evitar toda complicación con la crisis en ciernes, o hasta jugar un papel en una conspiración político-militar, pero desde la seguridad del extranjero?¹¹ Pronto, sin embargo, concluyó que lo mejor sería mantener directamente su vocación profesional, aceptando, como de siempre, el próximo destino. Evidentemente acertó en este cálculo. Si hubiera aceptado cualquier de las alternativas, la evolución a largo plazo de su vida y los asuntos públicos de España habría sido muy diferente.

Por un año y medio, varios conatos de conspiración militar habían existido, y la victoria del Frente Popular los estimuló aún más. Durante los primeros días después de las elecciones, la figura principal fue Goded, pero este general, como Franco, pronto fue destinado muy lejos de Madrid, en su caso a la comandancia militar de las Baleares. Su reemplazo por una temporada breve fue Rodríguez del Barrio, que se puso en contacto con varios generales mayores, algunos de ellos jubilados, que se reunían en Madrid.

Antes de salir de la capital, Franco asistió a una reunión clave de comandantes conservadores, en la casa de un diputado de la CEDA, el 8 de marzo. Llegaron a un acuerdo sobre la necesidad de formar una especie de junta o comité de generales mayores en Madrid, y la transcripción de éste declaró que su objetivo sería la “organización y preparación de un

¹¹ SERRANO SUÑER, R., *Memorias*, Barcelona, 1977, p. 53.

movimiento militar que evite la ruina y la desmembración de la patria”, la cual, sin embargo, “sólo se desencadenará en el caso de que las circunstancias lo hiciesen absolutamente necesario”. El documento preparado por el general Manuel González Carrasco constató: “por iniciativa de Mola y decisión de Franco se decide que el movimiento fuese exclusivamente por España, sin ninguna etiqueta determinada. Después del triunfo se trataría de problemas como el de la estructura del régimen, símbolos, etc.”¹². El jefe sería Sanjurjo, entonces con residencia en Portugal.

Por la primera vez, Franco participaba en una conspiración militar en serio. Sin embargo, todo estaba limitado en envergadura y totalmente incierto en cuanto a sus dimensiones políticas o la posibilidad de efectuarse. Y Franco había conseguido mantener el mismo criterio que invocaba para tales designios: una mera crisis política sería justificación insuficiente. Habría un alzamiento solamente ante una máxima revolución en ciernes u otra gran catástrofe equivalente. No habría ninguna cuestión de restaurar la monarquía o adoptar el programa de cualquier de los partidos derechistas. Franco se mantendría fiel a esta perspectiva durante los cuatro meses siguientes. Estaba de acuerdo con el general Emilio Mola, uno de los activistas principales, con respecto a un plan político “abierto,” aunque después del estallido de la Guerra Civil, el propio Franco pronto se desviaría hacia una postura más radical.

Como comandante en Canarias, las responsabilidades de Franco no eran muy agobiantes. Tenía bastante tiempo libre y empezó en serio el estudio del inglés,

bromeando con su familia que estudiar el inglés era algo que pudiese distraerle en la cárcel, si el gobierno le detuviera como una de las muchas detenciones políticas que se llevaban a cabo bajo el gobierno de Azaña. No lo creía demasiado en serio, pero ciertamente no era imposible, pues los socialistas y comunistas pidieron insistentemente las cabezas de todos los jefes encargados de mantener el orden en 1934. Pero Franco creía que la situación política pudiera templarse. Su nueva avocación fue el golf, y hablaba de la posibilidad de tomar las vacaciones familiares ese verano en Gran Bretaña, para poder practicar un poco en los famosos campos de golf en Escocia. Si ya supiera lo que estaría haciendo de verdad a mediados de julio, el propio Franco habría sido, sin duda, sorprendido.

Pronto una nueva apertura política se presentó, con las elecciones parlamentarias que se repetirían en Cuenca y Granada el 5 de mayo. Había interés de parte de la CEDA en presentar candidatos nuevos más fuertes, y el prestigio de Franco entre los cedistas era grande. A mediados de abril Serrano Suñer le alentaba a presentarse como candidato, y Franco escribió a los directores del partido el día 20 para pedir un puesto en la nueva lista electoral. No creía que la vida parlamentaria en España fuera agotada, sino que creía que podría seguir desenvolviéndose de un modo más o menos normal. Si fuese elegido, estaría otra vez en Madrid y podía pedir la excedencia profesional por un rato. Lo que malogró esta iniciativa, como se sabe, fue la enérgica oposición de José Antonio Primo de Rivera, candidato ya, que protestó la inclusión de un militar derechista, que daría a la nueva lista un

¹² Citado en DE LA CIERVA, R., *Franco. La historia*, Madrid, 2001, p. 764.

aspecto “reaccionario.” De mala gana, Franco retiró su candidatura¹³.

Entretanto, y sin que Franco tomara, que se sepa, ninguna iniciativa nueva, durante el mes de abril la conspiración militar empezó en serio, bajo la dirección de Emilio Mola, comandante militar en Pamplona. Por el fin de mayo llegaría a ser reconocido como el jefe principal de la conspiración, Sanjurjo respaldando su dirección activa. La participación de Franco era muy importante para Mola, y pronto mantendría un contacto, no por correo o teléfono, porque todas las comunicaciones de Franco eran vigiladas por el gobierno, sino a través de las visitas ocasionales de Serrano Suñer u otros mensajeros, normalmente utilizando mensajes cifrados. Más tarde, una vez que hubiera emergido a fines de septiembre como generalísimo del alzamiento, Franco insistiría que había formado parte del alzamiento desde el comienzo de la conspiración, pero su insistencia era algo engañosa, y era verdad solamente en el sentido de que desde el comienzo había mantenido un contacto personal con los conspiradores. Toda la evidencia que tenemos indica que no se comprometía categóricamente de un modo u otro, diciendo que el tiempo todavía no había llegado para un intento de solucionar los problemas de España *manu militari*. La situación política todavía podría equilibrarse y Franco calculaba, sin la menor ilusión, que una rebelión armada sería una empresa de máximo peligro e incertidumbre, con las posibilidades prácticas en su contra y los jefes de los movimientos

izquierdistas dispuestos a imponer la pena de muerte a todos sus jefes. El general monárquico Luis Orgaz, uno de los militares sancionados por el gobierno nuevo, fue exiliado a Canarias a mediados de abril. Allí urgió a Franco que participara de modo más activo en la conspiración, insistiendo en que una sublevación sería fácil, igual a comer “una perita en dulce”, pero Franco encontró tal opinión poco más que delirante.

Mola y sus ayudantes se cansaban pronto de lo que llamaban “la coquetería” exhibida por Franco en sus relaciones con ellos, y alguien le motejó “Miss Canarias de 1936”¹⁴. Sanjurjo, en Lisboa, todavía se resintió de que Franco no le había apoyado cuatro años antes, y concluyó que no era indispensable. Se le ha atribuido la frase “Con Franquito o sin Franquito salvaremos a España”¹⁵, pero Mola no le podía ser nada indiferente, puesto que en los últimos años había sido el punto de referencia indispensable dentro del ejército. Sería difícil construir un alzamiento exitoso sin su apoyo.

La reticencia de Franco se mantenía por dos meses. Muy conocida es la carta que dirigió el 23 de junio al nuevo presidente del gobierno, Santiago Casares Quiroga, que insistió en el hecho de que el ejército no era inadicto al régimen actual pero que estaba siendo socavado por los ataques de las izquierdas y algunos aspectos de la política gubernamental. Franco pidió el respaldo del gobierno para el ejército y subrayó la importancia de mantener el orden. Esta comunicación

¹³ Las fuentes principales son GIL ROBLES, *No fue posible*, pp. 563-67, y SERRANO SUÑER, R., *Memorias*, pp. 53-58. La versión que Franco escribió en sus últimos años evidentemente contiene distorsiones. “*Apuntes*,” 34-35.

¹⁴ Según el secretario personal de Mola, José M^a. Iribarren. Entrevista en Pamplona, 15 diciembre 1958.

¹⁵ Según el conspirador monárquico Juan Antonio Ansaldo, en sus memorias, *¿Para qué?... (De Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, 1953, p.125.

muchas veces ha sido interpretada como un engaño maquiavélico, pero la verdad es que fue un paso arriesgado para Franco, que podría costar la suspensión de su mando, como mínimo, y es más que dudoso que tomaría tal medida meramente como un engaño político. Una vez ratificada la victoria del Frente Popular, Franco siempre había demostrado su disposición a servir el gobierno izquierdista dentro de la Constitución. Que no engañaba cuando decía que los oficiales por lo general eran leales todavía se demostró más claramente en un cálculo hecho por Mola en las mismas fechas, cuando éste concluyó que no más que aproximadamente doce por ciento de ellos estaban preparados en ese momento a adherirse directamente a una sublevación¹⁶.

Ya no podía planear ésta como un golpe de estado, porque parecía imposible que los sublevados podrían acapararse de Madrid. Tendría que ser una insurrección militar generalizada que traería otras fuerzas de zonas más seguras para ocupar la capital en una segunda fase. En esto las fuerzas de élite en Marruecos podrían jugar un papel clave, y la participación de Franco como su jefe natural era más importante que nunca.

No hay ninguna indicación de una respuesta por Casares Quiroga a la carta de Franco, y por el fin del mes de junio, o al comienzo de julio, posiblemente indicó su disposición a participar en la sublevación. Todavía no le gustaba, pero parecía que ya no quedaba esperanza por la situación política, y tal vez se hubiera llegado al punto en que sería más peligroso no sumarse al alzamiento que sumarse. Había desde el comienzo un gran obstáculo

que superar, y esto fue el aislamiento de Franco en una isla del Atlántico, lejos de Marruecos. La solución sería contratar a un piloto y un avión de calidad en el extranjero, para llevarle a Tetuán, y ese plan se puso en marcha a partir del cinco de julio¹⁷. Seis días más tarde un avión británico, contratado por los conspiradores, salió de Londres con destino eventual a Canarias, para luego transportar a Franco a Marruecos.

Pero todavía vacilaba. El día siguiente —12 de julio— mandó un mensaje nuevo a Mola con la frase en código “geografía poco extensa”, indicando que las condiciones eran todavía inadecuadas, que se debe demorar la sublevación y que él no estaba dispuesto a participar todavía. Este recado, pasando a través de Madrid, no llegó a manos de Mola hasta aproximadamente las once de la noche el día 13¹⁸. Provocó consternación, pues Mola ya había mandado órdenes a Marruecos para empezar la rebelión el 18 de julio. De repente tuvo que cambiar otra vez uno de los destinos más importantes, y procuró arreglar el traslado de Sanjurjo a

¹⁷ Parece que todo fue pagado por Juan March, considerado el hombre más rico de España, quien luego, durante los primeros meses de la Guerra Civil, puso grandes cantidades de dinero a la disposición de Franco. Véanse SÁNCHEZ ASIAÍN, J.A., *La financiación de la guerra civil española*, Barcelona, 2012, pp. 167-225, y FERRER, P., *Juan March, el hombre más misterioso del mundo*, Barcelona, 2008, pp. 354-55. Otro aspecto es la imputación por varios autores que Franco y otros jefes del ejército pidieron una póliza personal de seguros u otras garantías financieras por su participación, pero, que se sepa, no existe ninguna prueba de tal cosa.

¹⁸ La fecha y el contenido de este mensaje han sido confirmados por algunos de los participantes principales, pero la fuente primaria son las “Memorias” inéditas de Elena Medina, linotipista del periódico *El Debate*, mensajera clave de Mola, quien lo llevó. Cf. SALAS, N., *Quién fue Gonzalo Queipo de Llano y Sierra (1875-1951)*, Sevilla, 2012, pp. 184-85.

¹⁶ Según uno de sus biógrafos, MAÍZ, B.F., *Mola, aquel hombre*, Barcelona, 1976, pp. 219-20.

Tetuán para tomar el mando allí. Sin embargo, dentro de cuarenta y ocho horas recibió otra comunicación de Franco, que declaraba que estaba totalmente resuelto a participar y a tomar el mando en Marruecos, y que la sublevación debía empezar cuanto antes.

¿Qué había pasado para determinar que un general irresuelto de repente cambiara de criterio tan decisivamente en la decisión político-profesional más importante de su vida? En el caso de Franco, como en las decisiones de muchos más, el hecho decisivo fue el dramático secuestro y asesinato de José Calvo Sotelo, portavoz principal de la oposición política en las Cortes, por la policía del gobierno en las primeras horas de lunes, 13 de julio. Este crimen de estado fue el colmo del enorme elenco de abusos que habían tenido lugar en España desde el 16 de febrero, con violencia política, confiscación y destrucción de propiedades y violaciones impunes de la ley, una situación sin parangón en cualquier país europeo moderno en tiempos de paz. Irónicamente para Franco, demostró que la inmunidad parlamentaria que había buscado por la elección a Cortes por Cuenca no necesariamente hubiera servida para nada, y confirmó dramáticamente su conclusión —hasta entonces meramente tentativa— de que se había llegado a una situación en que era más peligroso no sublevarse que sublevarse.

A partir de ese momento la evolución de las actividades de Franco llegó a ser pública y eventualmente bien conocida —la llegada del avión *Dragon Rapide*, el traslado de Franco, su familia y su pequeño séquito desde su cuartel general en

Santa Cruz de Tenerife a Las Palmas¹⁹, la sublevación en Canarias, el vuelo a Tetuán, su mando del Ejército de África, la marcha sobre Madrid y su elección como generalísimo y dictador del alzamiento en la última parte de septiembre—.

La dictadura duraría por casi cuarenta años, pero es importante entender el camino tortuoso de Franco a la sublevación del 18 de julio. Con cierta frecuencia ha sido denunciada la acción de Franco como el “general que dirigió un golpe de estado fascista contra la República democrática,” frase cuya única exactitud es que tenía el grado militar de general. Todo lo demás es falso. El director fue Mola y el jefe Sanjurjo, no Franco. No fue un golpe de estado, como se ha visto, sino una insurrección militar generalizada, que nunca se proponía ocupar Madrid con un golpe directo, que se sabía imposible. Tampoco fascista, porque el papel de la Falange fue completamente subordinado, sin la menor concesión a la doctrina fa-

¹⁹ Entre los hechos en Canarias en vísperas de la Guerra Civil, hay una controversia que se mantiene todavía —la cuestión de la muerte del general Andrés Balmes, comandante en Gran Canaria, por un accidente de tiro el día 16. Para volar a Marruecos, era necesario que Franco se desplazara a la isla mayor, porque las facilidades de vuelo eran inadecuadas en Tenerife, pero el gobierno no le autorizó el viaje de inspección a Gran Canaria que solicitó. Probablemente habría tenido que salir semi-clandestinamente para reunirse con los sublevados en la isla mayor la mañana del 18, pero la muerte repentina de Balmes tuvo el efecto que el gobierno de Madrid autorizara su traslado para el sepelio. Varios autores han mantenido que Balmes no murió en un accidente sino que fue asesinado por sus subordinados, así allanando el camino a la sublevación y facilitando el traslado de Franco. La última versión de esta tesis es VIÑAS, A., *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Barcelona, 2011, pp. 48-115. Esto no es imposible, pero todavía no se ha presentado ninguna evidencia primaria y directa que controvirtiera la versión oficial.

langista. Y tampoco se dirigía contra una República democrática, que había dejado de existir. Durante la época de la República democrática, entre abril de 1931 hasta febrero de 1936, una insurrección militar generalizada era totalmente impensable, y solamente tuvo lugar después de cinco meses de destrucción de la democracia en España.

La insurrección fue un acto cruento que inició formalmente la guerra civil, aunque no se llegó completamente a tal punto hasta que el gobierno de Azaña armó a los sindicatos y partidos revolucionarios el 19 de julio. El camino de Franco a este trance había sido tortuoso e incierto, y solamente asumió una dirección clara y contundente en el último momento.